

# A C T I T U D E S

## TARDE ABURRIDA DE DOMINGO

Por JOSÉ LUIS ARREGUI

**D**ESDE el balcón podía observarse el cansino deambular de las gentes. La atmósfera de esta tarde era densa, y su peso se hacía sentir agobiante.

Bajó las escaleras y en el umbral se paró indeciso mirando a derecha e izquierda. La calle, desierta ahora, presentaba un aspecto triste, quejumbroso. Un receptor de radio hacía oír las notas de una canción vulgar y manoseada. Y las casas se empequeñecían, abandonando cansadas su eterno esfuerzo por permanecer erguidas.

Sin pensarlo más comenzó a caminar en dirección al centro. Por todas partes se veía un constante afluir de gente a las calles principales. Matrimonios de obreros y empleados cuyo único esparcimiento era el paseo en esta tarde aburrida de domingo. Los escaparates abrían sus ojos asustados y enseñaban su mercancía más o menos artísticamente distribuída. Y todos, irremediamente, se iban parando en ellos para ver sin curiosidad lo mismo de siempre. Tejidos, pasteles, radios, corbatas, zapatos, relojes... todo pasaba de mirada en mirada. Las expresiones de los observadores eran idénticas, las personas igual, todo era igual.

Continuó su paseo, esta vez con una extraña sensación. Un pequeño dolor que localizó en el estómago y le iba subiendo a la cabeza. Era un dolor que siempre aparecía, cuando le embargaba un sentimiento imposible de describir y menos aún de definir.

Por un momento pensó que todo el mundo estaba cortado por el mismo patrón y que él estaba condenado a pasear y pasear eterna-

mente por calles y plazas viendo las mismas caras, y oyendo las mismas conversaciones. Se paró a contemplar la cartelera de un cine. Los mismos cuadros, parecidas escenas. Todo igual. Por hacer algo, leyó:

«Cifesa presenta a Gina Lollobrigida, Renato Baldini, Cosetta Greco y Tamara Lees, en... *La ciudad se defiende*. Premio al mejor film italiano en la Bienal de Venecia. El relato policial más impresionante que el cine moderno ha producido. Autorizada para mayores de 14 años».

Detrás de él, unos soldados comentaban. Uno de ellos alzó la voz diciendo:

—Decidido, Paco. Vamos a verla. Me han dicho que no vale «ná», pero esta «tía» está muy bien.

Volvió el rostro cuando los soldados continuaban su camino clave-teando la acera con sus botas. Los siguió. ¡Qué facha!, pensó, al verlos por detrás. Comenzaron a canturrear flamenco con una insistencia machacona. Esto le exasperó.

(«¿Por qué todos los soldados son andaluces? Lo deberían prohibir. Esto es un asco. ¿Y si votaran en las Cortes una ley prohibiendo cantar flamenco a los soldados andaluces?). Se rió de su propio pensamiento. («¡Qué ocurrencia!»).

Al cruzar una bocacalle, un ligero viento fresco le hizo temblar un poco. Pasaron por una vieja relojería. Alzó la vista...

(«Son aun las cinco. Cinco horas más y habrá pasado este día. ¡Qué asco! Hay veces que uno tiene un día en blanco y no lo puede evitar. ¡Hombre! Ese balcón de la palma amarillenta es el de la chica aquella que conocí hace tres años. ¡Bah!, una chavala como todas. Al principio aún fué bien, pero después llegó aquel alférez de milicias y todo se hechó a perder. Era un chulo con aires de Don Juan. No se le estuvo mal a Elisa. Apenas terminó la «mili», el tipo ese se largó sin decir una palabra»).

Sin advertirlo los soldados siguieron hacia arriba y él entró en la plaza y tras de echar un vistazo a las obras de una casa en construcción dirigióse con paso presuroso al parque.

Allí pensaba recostarse en un banco de la roaleda. Respirar aire puro y no pensar. Sobre todo no pensar. Al atravesar la valla de la entrada alguien se interpuso. Casi tropezaron. Pidió mil perdones.

(«Ahora se siente un calor sofocante. Un buen baño me iría bien. Debe estar rica el agua de la piscina. De buena gana... A ver ahora si encuentro un buen banco. Ese no; hay un viejo y empezará a hablar del tiempo. Chachas, soldados, viejos. ¡Qué plaga!»).

Al fin encontró uno con buena sombra. Se dejó caer casi de golpe. Cruzó la pierna derecha sobre la izquierda y cerró los ojos. Así se encontraba mejor. Sentía de nuevo el dolor de antes, pero no quería pensar en ello. Oía los ruidos, los gritos y las risas un poco lejos. Sin embargo interiormente todo parecía dar vueltas a una velocidad vertiginosa, produciéndole un mareo que le daba náuseas. Por eso abrió los ojos y se agachó. Comenzó a hacer dibujos, con un palito, en la arena. Apretó el palo contra el suelo varias veces hasta hacer un hoyo. Luego escupió en él y lo cubrió de arena. Estuvo durante varios segundos contemplando cómo la humedad iba subiendo poco a poco hasta oscurecer ligeramente la tierra. En seguida se cansó y puso el pie encima. De nuevo se irguió y guiñó los ojos para ver todos los objetos y los colores como desdibujados. Había verdes oscuros, claros y cenicientos. Las hojas rojizas de dos o tres árboles eran la única mancha que sobresalía de ese conjunto de verdes.

De pronto, por el rabillo del ojo vió avanzar una sombra alargada, despacio, muy despacio. Era un hombre enfrascado en la lectura de un periódico. De vez en cuando levantaba la cabeza y continuaba la lectura. Lo vió alejarse.

(«Seguro que era «Informaciones». No, no, ahora que caigo más bien parecía «Ya». He creído ver la última página de anuncios por palabras. Bueno, y a mí qué. Total qué se me da»).

Se levantó y se internó. La sombra de los «llorones» era espesa y refrescante. Sus ramas caían pesadamente hasta ensuciar las hojas alargadas y finas en el barro del pequeño estanque infantil.

Dos o tres niños se entretenían chapoteando en el agua y empujando unas hojas secas que imaginaban barcos. Las empujaban para simular un choque entre sí. Y el choque llegó. Se oyó un bofetón y una mujer se abalanzó sacudiendo de nuevo:

—Demonio de crío, siempre en el agua; como los patos. Ya te daré yo, marrano. Sal de ahí.

Tenía la voz chillona, desagradable. Y su vestido era de un azul feo, descolorido, con una mancha casi cuadrada en el lado derecho.

Algo lejana comenzó a oírse una música. Sí, era en el quiosco. La banda militar interpretaba pasacalles y fragmentos de zarzuelas. Se sentó en una silla de mimbre debajo de las pérgolas y tarareando siguió el compás con los pies. Pero se cansó en seguida.

(«Esta música—pensó—es detestable. Siempre lo mismo. Yo no sé por qué razón ha de tocar la banda los domingos. Como si con eso

fueran los domingos distintos a los demás días. No consiguen más que hacernos tragar polvo. Toda esta gente que da vueltas al quiosco levanta un polvo al arrastrar los pies que llega a los pulmones. Tengo la garganta seca. De buena gana me tomaría una cerveza. Pero no..., no quiero cambiar los cinco duros. Dos duros los guardo para el cine. A ver si el domingo que viene ponen una película decente. ¡Llevamos una «racha»...! Seis pesetas para un paquete de «Bisonte». Y me quedan sólo nueve pesetas. Ya saldrán, ya, cosas en qué gastarlas»).

Otra vez sintió la acuciante necesidad de beber. Desde el lugar donde se encontraba se podía oír el tintineo que producía el choque de los vasos y los sifones en el mostrador del bar del parque. Y ver cómo los camareros levantaban las bandejas por encima de las cabezas.

Estuvo dudando aún varios minutos. Pero decidido se levantó. («Un día es un día. Total, para cuatro cochinos días que se viven»). Cuando llegó, el mostrador estaba casi todo ocupado, pero aún encontró un pequeño rincón desde el cual se divisaba la pista de baile.

— ¿Qué le pongo al señor?

— Una caña. Bien fría, por favor.

El mozo voceó la caña. El se entretuvo en echar una mirada a la pista. Le gustaba observar a la gente. Esa era una de las cosas que más le entretenía. Pero esta maldita tarde nada ni nadie era capaz de sacarle de su aburrimiento. Quizá fuera por esto por lo que le impulsaba a despotricar de todo.

La orquestina atacaba uno de sus números chabacanos. Se oía tan solo un ruido sordo de platillos y bombo. Ritmo, ritmo y más ritmo. Y la gente allí abrazada siguiendo los compases.

De repente se rió. Estaba pensando... («Esto parece la reencarnación de la antigua «Bombi». Yo sé de un baile de criadas y de horteras... A mí me gustan las cocineras. ¿Es posible que esta gente se divierta de esta forma? Pues sí, sólo hay que fijarse en los rostros. Todos sonríen y se pegan en la espalda haciéndose bromas»).

La música paró en seco y entonces al bajar los ojos vió ante sí el vaso de cerveza. Comenzó a beberla. Estaba fría. Esto le consolaba. Con la mano derecha apretaba el vaso cuanto podía hasta que el frío se la dejó casi helada. Otro sorbo más y el vaso apurado. Entonces recibió un manotazo en la espalda. Una cara le sonreía:

— Caray, chico, ¿qué haces aquí?

— Ya ves, estar.

Era un amigo. De esos amigos que se ven de vez en cuando y que surgen en los momentos oportunos. Lo miró de arriba abajo con cierta ira en los ojos. Un traje de rayas chillonas y un gran clavel mustio en el ojal. El rostro encendido. («El clásico gamberro. Esta tarde no tengo ganas de bromas»).

—Te noto un poco aburrido, ¿no? Vamos, hombre, vente con nosotros. Tomamos aquí unos vasos y después nos vamos por ahí. Esta tarde me divierto como un «caballo». Hace un rato, con una morena...

No le escuchaba. Sólo notaba la ligera presión de sus dedos en el brazo, arrastrándole levemente.

—No, gracias; mira, pensaba irme a casa...

—Bueno, bueno, como tú quieras. Hasta luego.

Salió precipitadamente para alcanzar a sus compañeros y se perdió de vista. El pagó rápidamente, dispuesto a salir de allí. Con grandes pasos alcanzó la entrada del parque.

El cielo seguía cubierto de espesas nubes, todas ellas rojizas y fuertemente iluminadas por el sol, que se ponía en una lenta agonía, incendiando en su estertor todo el horizonte. Más que un espectáculo extraordinario era curioso. Había aprendido a contemplar durante horas el cielo de la ciudad y lo conocía bien. Sin embargo, siempre encontraba algo nuevo. Su sensibilidad era aguda. Percibía lo bello y lo feo con la misma intensidad. Todavía recordaba cuando de niño se quedó boquiabierto al descubrir las irisaciones que un rayo de sol dibujaba en una cáscara de huevo dentro del cubo de la basura. Este contraste que seguramente otros no advertían, él lo acusaba en seguida.

Pero ni aun este cielo le alegró. Al llegar a la plaza, el casino encendió sus luces, y su fachada se vio iluminada débilmente. Estuvo a punto de subir las escaleras, pero no lo hizo. Al fin y al cabo detestaba la vida de casino. El comadreo le asqueaba.

Con un encogimiento de hombros —un gesto muy suyo— se quitó las gafas. Lanzó su aliento y en seguida unas diminutas gotas cubrieron los cristales que secó con un pañuelo. Ahora sí. Ahora veía perfectamente. En los porches del centro un puñado de gente se arremolinaba acompañando a dos individuos y un guardia. Estaban enfrente del cuartelillo. Hablaban alto y precipitadamente. Al parecer todos querían tener la razón.

(«Un borracho, seguramente. Y para esto, tanta gente»).

Sintió deseos de disolverlos y en seguida vino a su memoria una fotografía de una huelga en Bruselas. La había visto en la primera plana

de un periódico. Los gendarmes lanzaban gases lacrimógenos y los manifestantes huían por los cuatro puntos cardinales.

Enfrente había una librería. Sorteando las sillas de los bares que obstruían el paso, llegó al escaparate. Libros sin interés. Le llamaron la atención los movimientos de una mosca que se paseaba por uno de los libros. Le hizo gracia. Daba varios pasos y se volvía para mirarle. Sí, le miraba. Ahora pasaba por la faja del libro y adquiría el color amarillento del papel. Cuanto más absorto se encontraba, oyó la sonrisa de alguien. Se volvió y notó la mirada de uno que le había observado. Esto le irritó vivamente. De momento se avergonzó y después, para disimular su propia vergüenza, se alejó silbando con aire despreocupado.

Los escaparates de una tienda de tejidos presentaban los nuevos colores de moda. Rojos, verdes y ocres. Leyó. («Los colores más vivos de los más famosos pintores de la humanidad, sacados de sus lienzos, exclusivamente para usted, señora. El arte se engrandece cuando decide realzar la belleza natural de la mujer». Tienen mucho gusto esta gente para presentar sus géneros. Indudablemente creo en el arte de los escaparatistas. Se necesita ingenio para no caer en lo vulgar y saber armonizar los colores»).

Por un momento contuvo el aliento. A su lado tenía una mujer. Una mujer extraordinariamente vestida. Le gustaba mucho que la mujer vistiera con elegancia, casi con lujo. Las comparaba con los automóviles de líneas aerodinámicas, de aspecto suntuoso. Como esos descapotables que pasan por la calzada deslizándose, sin apenas tocar el suelo, como una exhalación que deja embobados a los transeúntes. Así era esta mujer. Sin dudarle, determinó seguirla.

(«Vaya mujer «fenómeno». ¿Cuántos años tendrá? Parece joven. Pero bien tendrá los 28. Esto es un tipo y lo demás son tonterías. Se contonea como una artista. Tiene algo torcida la costura de esa media. Pero pisa bien, la individua. A mí me gustan así, algo llenitas. Me parece que se mira a ver si la sigo. Sí, lo ha notado. Ahora aprieta el paso. Casi no puede, con ese traje tan ajustado. Que no salgan a la calle de esa forma y no las miraremos»).

Empezaron a caer unas gotas. Miró al cielo. Estaba todo gris y obscurecía visiblemente. Pronto se humedeció la calle. Era una lluvia fina, abundante, que permitía seguir paseando y llenarse los pulmones de ozono. Sin embargo arreciaba. Volvió sobre sus pasos y se refugió en un bar. Se acercó a la barra y pidió algo. Sus ojos estaban fijos en la calle. Los charcos iluminados por los faros de los coches y las luces de

las fachadas, semejaban grandes manchas de grasa brillante. Todos los objetos que cruzaban la calzada adquirían este aspecto grasiento. Los hombres con sus negros impermeables. Las mujeres con los suyos de plexiglás transparente, que parecían muñecos envueltos en papel de celofán...

(«Me gusta la lluvia. Es el elemento musical de las cosas. Cuando llueve, todas las notas dormidas de los objetos se despiertan como para interpretar una gran sinfonía»).

Estuvo casi media hora con la mirada fija en la calle, tarareando por lo bajo la canción de «Singing in the Rain». («¡Qué película aquella de «Cantando bajo la lluvia»! Un bonito título de comedia americana»).

Tenía en la imaginación a un artista bailando vertiginosamente por una calle desierta. Todos los escaparates de las tiendas absolutamente iluminados. Sólo se oía la potente voz del cantante, el taconeo de sus pies en las aceras y el ruido de la lluvia. Iba de un sitio para otro. Se subía a una farola y desde allí saludaba a un público invisible, sin dejar de cantar y agitando su paraguas. Por la calle avanzaba un guardia. Un viejo guardia con cara de buen padre de familia, que quedaba sorprendido del original bailarín. Pero continuaba su ronda haciendo un gesto que quería decir algo así como: «Este tío está chiflado». Después..., después no recordaba.

No le costó gran esfuerzo entornar los ojos e imaginar cómo el bailarín actuaba allí mismo, en medio de la calle. Daba vueltas y más vueltas, y los coches y las personas pasaban a través de él.

Se cansó del juego. Pagó al camarero y se fue. La lluvia aflojaba. Tan fina caía, que no se sentía apenas. En el aire se oyeron fuertes, solemnes, las campanadas del reloj de una iglesia. Una, dos, tres... hasta diez.

Estuvo escuchándolas fascinado por su sonoridad. Reaccionó y continuó la marcha. Los pies le dolían. Le apretaba un zapato, y un poco de la humedad del ambiente penetraba en su cuerpo.

Cojeando ligeramente se internó en una callejuela. Por un momento los faros de un coche iluminaron con intensidad su espalda. Luego, súbitamente, desapareció...